honrosamente excepcional entre los cortijos de su especie. Allí llegaron los misioneros á las once y quince minutos de la mañana y poco después se disponían á recorrer el corto espacio de cuatro millas que de allí dista S. Luis Rey, punto final de la presente excursión.

IV. La nueva casa.

Rompe la carretera de Oceanside á San Luis Rey retorciéndose por entre unos paredones formados por grandes conglomerados de terreno de acarreos depositados por las corrientes diluvianas á manera de grandes masas que dominan la extensa llanura, donde en el centro de dilatados sembrados de trigo, cebada, habena y otras plantas forrajeras, se elevan majestuosas las ruinas de una antigua misión. La cúpula y el campanario de la iglesia descuellan sobre todas las otras construcciones. Elévanse al lado de ella y juntándose en ángulo recto dos larguísimas series de arcos, que debieron ser en tiempos lejanos los corredores de un gran patio interior, á manera de claustro. Todo allí respira desolación; todo allí revela la caducidad de las humanas empresas. Y sin embargo, es hoy el punto objetivo á donde unos pobres religiosos, después de las vicisitudes de treinta años pasados en la exclaustración, dirigen sus miradas, concentran sus esfuerzos, como el náufrago que impelido por las olas de un mar embravecido, abraza estrechamente la roca solitaria y salvadora que la divina Providencia le depara. Frente á esas ruinas elévase una pequeña casa de madera, recientemente construida. Habítanla dos religiosos, anciano el uno y encanecido en la virtud y el sufrimiento, y gozando el otro de una vigorosa virilidad que le mantiene activo y diligente en sus empresas, constante en el trabajo, fiel á su seráfica vocación, y que según el texto sagrado es del número de aquellos varones esclarecidos que pueden emplearse en la salvación de los restos dispersos de la casa de Israel. Ambos llevan vestido el hábito que distingue á los hijos del Serafín de Asís, y ambos rebosando de júbilo inefable salen á la puerta de su humilde habitación para recibir en ella á

sus compañeros, que gozosos también, dan y reciben el ósculo paz, entrando en seguida á tomar parte en las santas tareas de su empresa regeneradora. Al atravesar por un pasillo estrecho, llámales la atención una puerta pequeña por la cual penetran á un modesto oratorio. La Majestad divina, envuelta en los accidentes sacramentales, se oculta allí, en un altar tan pobre que arranca lágrimas á aquellos que en tiempos no distantes presenciaron las pompas solemnes con que se tributaba al Señor el culto debido en la opulenta Zacatecas Después de una corta oración, los huéspedes son introducidos al refectorio, donde se les sirve cariñosamente el pan de la hospitalidad. En seguida van á recorrer todo el edificio, que consiste de dos pisos, con aposentos pobremente amueblados, pero suficientes á abastecerles en sus pequeñas necesidades y á cubrirles contra la intemperie. El día once le han pasado en prepararse para la fiesta de inauguración, que va á tener lugar el día siguiente. Un órgano excelente acaba de recibirse y el que esto escribe, está oyendo desde su pobre celda las místicas armonías, de ese instrumento, que parece haber sido inventado por los ángeles para acompañar los cánticos sagrados de mil y mil corazones que alaban y bendicen á su Creador.

V. La inauguración.

Llega por fin el tan suspirado día 12 de Mayo de 1893. La pequeña colonia de San Luis Rey entra en movimiento desusado. Desde muy temprano por la mañana grupos de personas, vestidas de gala, de todo sexo, de toda edad y condición, atisban desde la puerta del templo, ó se pasean á corta distancia por la campiña que le rodea. La alegría se dibuja en todos los semblantes. Todos se dan anticipadamente la enhorabuena por el fausto acontecimiento que da motivo á la general expectación, y seis fotógrafos aprestan sus reproductores aparatos. A eso de las nueve de la mañana una larguísima serie de carruajes ocupa el camino de Oceanside á San Luis Rey, rompiendo la marcha el que ocupa el Ilmo. Sr. Obispo de los Ángeles Dr. D. Francisco Mora, acompañado de su Vicario general, el Sr. D.

Joaquín Adán, y de su simpático secretario el joven eclesiástico D. Luis Guillermo Dye, de quienes ya hemos hablado en otro lugar, y que ahora son recibidos de una manera modesta, sí, pero afectuosa, por los nuevos habitadores de la antigua misión. Van llegando en seguida numerosas familias de las más notables de la Alta California y á medida que llegan se apresuran á entrar en el templo para poder situarse convenientemente. Suena por fin la argentina campana de la misión anunciando que la fiesta va á dar principio. El júbilo y regocijo general suben de punto. El Prelado sale de la casa precedido de la Comunidad naciente; rompen la marcha los novicios; siguen los profesos y los sacerdotes; una numerosísima concurrencia de señoras y de caballeros forman valla; la procesión penetra en la iglesia, y la orquesta y el órgano acompañan el himno sacro que entonan en el coro cien cristianas voces. ¡Cuán poética austeridad respira todo en el recinto sagrado! Ni ricas colgaduras, ni vistosos gallardetes, ni olorosas flores, ni aromáticos pebetes, ni mullidas alfombras, ni ricos ornamentos, ni vasos de oro y plata, ni candiles de cristal, ni.....nada de lo que en los antiguos pueblos católicos constituye la magnificencia del culto que se tributa al Señor de todo lo creado, nada de eso hay aquí, donde el murciélago y la corneja pacíficamente han habitado por más de cuarenta años. Las paredes sucias por la lluvia que ha penetrado por los techos rotos; la cúpula abierta y desgajada; los altares desmantelados y como avergonzándose de contener en sus nichos estatuas mutiladas, que en otro tiempo fueron objeto de los cristianos cultos; el pavimento polvoriento y suelto.....todo, todo revela dolorosamente vicisitudes por las cuales ha tenido que atravesar ésta en otro tiempo floreciente casa del Señor. ¿Y es este el santo lugar donde dentro de breves instantes va á descender toda la majestad del Dios de los ejércitos á la potente voz del sacerdote? ¡Dios mío! el que te niegue en medio del esplendor y la grandeza no podrá menos de confesarte en el anonadamiento á que hoy te somete tu amor á los mortales. En efecto; el sacerdote, adornado con pobres vestiduras, se presenta en el altar; modestos levitas le acompañan; el pontífice asiste, vestido también humildemente, pensando tal vez en el contraste que formaría una mitra de oro con el pobre aparejo que descubren sus ojos por doquiera. Ya comienza la misa..... Pero aguardad..... Suaves armonías resuenan en la parte alta del templo El órgano y la orquesta acompañan los dulcísimos acentos de voces que parecen del cielo. El Sr Meligan da muestras de habilidad no común al pasar diestramente sus dedos sobre el teclado y su hermosa voz de bajo sostenido sobresale entre los bajos más profundos del mismo órgano. La Srita Benicia Lyons, *soprano assoluto*, sube con facilidad á notas agudísimas sin menoscabo de su voz de ángel; la Srita. Merrick la sigue muy de cerca con acento argentino y la voz de contralto de la Srita. Hilb, tierna y modulada, imita los trinos del ruiseñor de América, mientras la voz de tenor de fuerza del Sr. Bailey viene á darle vigor á la armonía, haciendo en ella el mismo efecto que en la pintura hace, traído con maestría y oportunidad el claro oscuro. El distinguido clarinetista Sr. Helb, los afamados violinistas Sr. Heilg y Sr. Upvoil, no menos que el acreditado contrabajista Sr. Andersen, puede decirse que se han excedido á sí mismos. La pieza ejecutada fué una de las mejores y más hermosas misas de Peters, y no hay para que decir que en ella, como en toda música de gusto anglo-sajón, predomina la armonía solemne y majestuosa á la melodía dulce y apacible que tanto se acomoda al gusto filarmónico de los pueblos neolatinos. Al terminar el Evangelio, que cantó el Sr. Secretario Dye, el R. P. Malabehar ocupó la cátedra y pronunció un elocuente discurso, sirviéndole de texto aquellas palabras que se leen en el capítulo XX, versículos 41-42, de la profecía de Ezequiel y cuyo sentido es: "*Por eso os he entresacado de todos los pueblos; para que me pertenezcáis y séais santos, ofreciéndome incienso y sacrificios por vosotros y por vuestros padres.*" Ardua y difícil tarea hubiera sido la de seguir al orador paso á paso para dar al que esto leyere alguna idea tal cual adecuada de la pieza oratoria que nos ocupa, y la justa celebridad del orador y lo sabido que es como fluyen de

sus labios las palabras á modo de un torrente impetuoso en el cual sería dificultoso por demás intentar recoger en el hueco de la mano tan solamente algunas gotas de agua, nos ponen á cubierto de acometer una empresa en que no podríamos menos de quedar deslucidos. Diremos solamente que con elocuencia sublime trazó en su exordio rasgos notables, parodiando con oportunidad algunos pasajes bíblicos referentes á David, á Salomón y á los tres niños en el horno de Babilonia. Manifestó de una manera tierna y patética su gratitud al Señor, por haberse dignado elegir á los religiosos de Guadalupe para venir á este santo lugar, y al Ilmo. Sr. Obispo de los Ángeles por la benevolencia con que se ha dignado dispensarles favorable acogida. Sentó que la misión de esos religiosos era la de venir á ofrecer sacrificios; que el asunto que le ocupaba era grandioso y que las fuerzas del orador no alcanzaban á tratarle convenientemente. Profundas reflexiones filosóficas hizo en seguida sobre lo precario y fugaz de nuestra existencia deleznable; y trayendo á cuento con oportunidad feliz el doloroso recuerdo de la exclaustración de los religiosos de Guadalupe, estableció un paralelo entre los padecimientos á ellos ocasionados por ese acto violento é injustificable durante más de treinta años, y los prodigios obrados en tiempo de Faraón, cuando este tirano vejaba de todos modos y oprimía tenazmente al pueblo escogido. "No nos era lícito, exclamaba el orador con sentido acento, no nos era lícito ni entonar cánticos de alabanza á nuestro Dios, y hemos tenido que comer, mojado de nuestras propias lágrimas, el amargo pan del desterrado." "¿Qué merito, pues, hemos tenido, añadía poco después, para ser llamados á este lugar santo?" y dirigiéndose luego á sus religiosos compañeros, exhortóles á esforzarse por imitar al infatigable Zorobabel en la ardua empresa de reedificar el santuario, terminando el discurso con una paráfrasis bien sostenida de la conmovedora y férvida oración que Salomón hizo á Dios al dedicarle el templo de Jerusalén. Al fin de la misa el Pontífice dió al pueblo solemnemente la bendición y acto continuo el R. P. Secretario general dió lectura á los documentos por donde

consta de la canonicidad de la fundación y á la narración auténtica de todo lo actuado en la erección del nuevo Noviciado y en la instalación de la comunidad sucesora del célebre Colegio de Guadalupe de Zacatecas

VI. Consumatum est!.....

Al terminar la misa cuatro gallardos jóvenes están arrodillados al pié del altar. En forma de cruz y cubierto de gayas flores cada uno tiene delante de sí el hábito ceniciento del misionero. A la derecha el superior con ademán austero, teniendo junto á sí una pequeña mesa, donde se vé un crucifijo y dos velas encendidas de blanca cera, les aguarda. A la izquierda el venerable pontífice, acompañado de dos dignatarios y sentado bajo pobre dosel, les mira con amor. A la espalda un pueblo numeroso, ávido y lleno de admiración les contempla. Angélicas voces entonan en el coro un himno al Espíritu Santo, pidiéndole que descienda desde lo alto del cielo, y que en forma de vívida llama de fuego consuma el holocausto que en aras de la religión van á ofrecer como primicias aquellos virtuosos mancebos.

Después del himno sigue un religioso silencio. El superior se levanta de su asiento y con voz fuerte y bien timbrada entona esta oración: "Oh Dios, que á los que de las vanidades del siglo has convertido, les das ánimo con una vocación que viene de lo alto, y que á los que han renunciado á este mundo les preparas gloriosa mansión en los cielos: dilata los corazones de estos tus siervos con dones celestiales, para que con nosotros vivan unidos como hermanos en caridad, unánimes, constantes, sobrios, simples y tranquilos; para que guarden lo esr tablecido por nuestros Padres Santos, y lleguen á obtene- con tu auxilio, aquel espíritu de perfección que por inspiración tuya han concebido." En seguida vistiéndoles el humilde hábito va diciendo á cada uno: "Desnúdete el Señor del hombre viejo; revístate del hombre nuevo,

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

que ha sido creado según Dios, en justicia y en santidad de verdad" Al ponerles la capucha: "Pon, oh Señor, el capuz de la salud en su cabeza, para que rechacen las sugestiones diabólicas." Al ceñirles la cuerda, les dice: "Ciñate el Señor con un cíngulo de pureza, y extinga en tus lomos todo humor libidinoso, para que en tí viva de asiento la virtud de la continencia y de la castidad." Y por último; poniéndoles en la mano un cirio encendido, les dice: "Hermano mío querido, recibe la luz de Cristo en señal de la inmortalidad que te espera, para que muerto al mundo vivas para Dios sólo. Levántate de entre los muertos, y Cristo te alumbrará." A estas palabras, el Pontífice, levantándose de su asiento, va á dar un estrecho abrazo á los candidatos, imitándole todos los sacerdotes y religiosos presentes: luego entona con voz firme el himno eucarístico de San Agustín y San Ambrosio, que sigue el coro en gratas armonías hasta el fin, en que cantadas las últimas oraciones del ritual, todos vuelven procesionalmente á la nueva casa de la misión, presidiendo siempre el digno Prelado de los Ángeles.

Pronto también la concurrencia toda se disipa, y algunos minutos después todavía oyen de lejos, los que se retiran, las alegres notas del himno de «*los desposados,*» que con tanta oportunidad hizo ejecutar por la orquesta el Sr. Meligan.

Tenía razón; ¡cuatro jóvenes acababan de celebrar sus desposorios con una esposa inmaculada: la RELIGION!

VII. A última hora.

Hemos recibido una larga lista de personas notabilísimas de la sociedad norteamericana que concurrieron á la fiesta; mas no siéndonos posible copiarla toda por falta de espacio, nos limitamos á dar los nombres de las más distinguidas por su posición social; como son los Sres. D. Juán, D. Marcos y D. Fernando Foster, banqueros; D. Francisco

Pico, propietario de grandes fábricas; D. Francisco Estudillo, rico agricultor; D. Francisco Moreno, capitalista millonario; D. Francisco Altamirano, hacendado, y otros, remitiendo á los lectores que deseen conocer pormenores más extensos á los interesantes artículos publicados en los Estados Unidos por el "The Examiner" de San Francisco de California, el "The Catholic Times" de Filadelfia y otras importantes publicaciones, que dan noticias de suma importancia acerca de la parte histórica del edificio de la antigua misión de San Luis Rey.

000832

0000